

XIII

Última gota de su llanto, última resolución al sufrimiento; todo acabó en el mundo para él.

No quería vivir más, temblaría ante la vida y el dolor lo acompañaría siempre; eran sus consideraciones cuando mudo y lloroso volvía la cara á la vida y la encontraba árida y triste, con penas y dolores y en medio á tan inmenso desierto, sola é infeliz á la mujer que engañó.

Un movimiento nervioso le sacudía, después de recorrer el mundo rápidamente, volvía su locura y entraba de nuevo á ser víctima de la lucha que incesantemente mantenían la vida y la muerte.

No, no, se decía . . . es preciso, adios, Leona, adios, mundo vil . . . adios!

Hoy que he aceptado la muerte, siento latir

mi pecho con fuerza; como si la inmensidad de aquel amor, se hubiera callado en mi alma, para despertar en el umbral de la tumba.

Mas ay! . . . se callará de nuevo y eternamente. . . ¿quién sabe el misterio, quien ha descubierto y sondeado ese más allá, terrible y cruel para unos, halagador y risueño para otros? . . .

... Tal vez mi espíritu rompiendo las cadenas de la vida, aspirando ser independiente, ser libre, no tener mas acción ni mas voluntad que la de él, al tocar la puerta de la otra vida, esta se abrirá, y será el amor entonces quien lo conduzca al infinito de la vida y de la verdadera pasión; y allí la amaré, y allí no seré cruel! . . .

¡Oh! sí, morir es mi crimen espantoso, pero moriré, por fin el alma que en tanto ha luchado, que tanto se ha fatigado en vano, irá veloz huyendo de este mundo y pidiendo abrigo para sus miserias en otro de eterna felicidad.

Pobre Leona . . . leerá mi carta, quizá en estos momentos sus lágrimas nublen sus ojos y no la permitirán ver mis líneas.

Leona, Leona mia, en mi muerte creo darte tranquilidad y espero encontrarlo yo.

Tanto me han dicho tus oraciones, que la esperanza de ellas, me reanima para morir, ellas

cuanto te han dicho del cielo y como han consolado tu alma!

Leona, muero olvidando tus amores, separando de ti mi vida; muero quizá despreciándote; ó ¿es amor el que te guardo cuando así dejo la vida por ir á donde van tus plegarias y tus lágrimas?

Perdon! perdon! tus preces son celestiales!.....
Adios, no me perdones, pero no me olvides!.....

XIV

La desdichada Leona ante el retrato de su bien amado y ante un mundo de ilusiones muertas y marchitadas flores, lloraba; siempre llorando infeliz!

Entre sus manos tenia la imágen de aquel hombre que en esos momentos mismos decia su adios, aceptando la muerte y olvidando la virtud.

Imágen para ella encantadora, de bellísimos recuerdos que aún la halagan y consuelan su desgracia; ilusiones nacidas de una fé sincera evaporadas despues y desvanecidas; alma del alma de aquel hombre que en imágen se estremecía al contacto de esas lágrimas que al caer de esos ojos divinos rodaban por el lienzo e iban despues en hielo convertidas á caer al corazon de él, que en tanto lloraba y se despedia del mundo,

en el mismo sitio donde el mundo con sus encantos le ofreció felicidad.

Por qué?..decia Leon, por qué me olvidas, bien mio, por qué no te dueles de esta muger que tanto te ama, llorando siempre por tu amor?...

Te perdono mi bien, sí, te perdono, lloraré y rogaré por tí.

Estas palabras pronunciadas cuando él lejos de ella la pedia perdon, pronunciadas con la misma fé, cubiertas y ahogadas en lágrimas, fueron de aquellas dos almas, la última palabra, la última esperanza, el último beso.

El desde el jardin pidiendola perdon, y mandaba su alma.

Ella desde el altar, viendo su imagen, sufriendo mucho y amándolo mas, le perdonaba su olvido y mandaba en el perdon su alma.

Almas partidas de dos seres, una que ama, sufre y perdona; otra que olvida, dá su adios y pide perdon.

Esas almas estrechándose en el espacio de amor, allí una pidiendo y la otra perdonando; allí una amando, la otra dando su adios, se encontraron por la vez última, enlazadas y palpitantes.

Pobre Leona... ¿quién la iba á decir que él se despedía para siempre de ella?...

Y anegada en llanto, entre sollozos tristes y entrecortados por sus palabras; con miradas de ángel, miraba y besaba sin cesar, la imagen de aquel que la engañó.

Y como si no tuviera otra esperanza que el verlo en el cielo, en esa mansion de las almas buenas y enamoradas, llorando pedia á Dios que, cuanto antes ambos se murieran.

¡Qué lejos estaba de lo que él meditaba!

Qué tristes lágrimas se le esperan, arrepentida de haber pedido en su oracion la muerte, tendrá para lo que le resta de vida un remordimiento terrible.

Inocente, pedia con su alma la tranquilidad de ella y la restauracion de la de él.

Leona! Leona! tu amor, tu inmenso amor, tan inocente, tan puro, tan bello, abre una sepultura.

Que léjos estas de la culpa y sin embargo, alguien te culpará.

XV

A la mañana siguiente el sol que alumbró alguna vez la entrevista de amor y de felicidad; alumbró en el mismo lugar un cadáver.

¡Horror cielo de pasión! horror, ventura desvanecida.

Una lágrima en sus pupilas se asomó, una sonrisa en sus labios se plegó.

“La lágrima:” adios, Leona, te dejo sola y triste.

“La sonrisa:” adios, mundo, me odiaste y te desprecié.

El mundo lo miró muerto; la sociedad se sintió conmovida y lo despreció... era muerto, pero era suicida.

Leona en esos momentos leía la carta, aún palpitaban sobre ella los besos que él, ardiente

y loco imprimió en sus renglones, aún vacilaba la última gota de su llanto, llanto arrancado á la fuerza intensa del dolor y á la inmensa pesadumbre de abandonarla.

Ansiosa y palpitante, recorría unas tras otras las frases de aquella carta, su semblante se demudaba, su respiración se callaba... su alma sufría.

Instante supremo de crueles agonías, en el que apuraba todo un siglo de terribles sufrimientos.

¡Corre! corre ángel de aquel sueño que lo adormeció entre tus brazos, arrullado por tu amor; corre á salvarlo... mas ay! era inútil, su cuerpo inerte y frío, yacía tendido en el suelo.

No había esperanza; para siempre en la vida mi ventura huyó, triste exclamó al concluir la lectura de la carta.

Y lloraba y se destrozaba su alma, todo era poco, los gritos ahogados largo tiempo en su pecho, levantados al infinito que la miraba, eran insonoros y ténues para explicar la inmensidad de su amargura.

Iba y venía; corría de flor en flor; lo llamaba, lo perdonaba... lo adoraba! recriminaba al cielo, se reprendía á sí misma, se destrozaba la

ropa, y se aniquilaba entre suspiros, lágrimas tristes y latidos apresurados, en el corazón.

No había remedio, decía, muerto!... suicidado, por mí, Señor, por mi dolor, por estas lágrimas, perdónale su crimen, perdónale que te haya desconocido; yo ante el mundo lo vindicaré, justa es su indignación contra él, y siento que mis lágrimas ni mi dolor, ni mi misma muerte lavarán, esa sangre criminal arrojada á la sociedad; perdon, perdon para él.

XVI

Lance fatal! apurar en una carta todo el porvenir de un dolor inmenso!

Un movimiento secreto hizo que Leona se dirigiera á su jardín, allí las flores le hablaban de amor, allí los pájaros cantaban felicidad, allí el lago donde ella muchas veces retrataba su semblante y se estremecía, cadencioso le hablaba de él.

Amaba á su jardín con sus flores y su lago limpio y sereno, porque toda esa naturaleza le hablaban de amor y le representaba al hombre que la olvidó y que hoy se suicida.

El lago, mas limpio que ninguna vez, retrataba en este día fatal sus aguas cristalinas; el puro azul del cielo, sus olas se movían y murmuraban.

ban con dulzura cuando la brisa juguetona la besaba tiernamente.

Movidas las flores, gentiles se columpiaban en sus tallos, y en cada vaiven, en cada choque de la flor contra la hoja, mil suspiros de melancólica pasión de entre ellas brotaban.

Todo estaba bello, contraste terrible entre su alma y la naturaleza.

Descompuesto el semblante, llorosa y con aquella carta, agonía de su amante en las manos, fué al jardín, su mirada vaga, recorría todos los tallos, arrancaba despues las flores y las tiraba; el suelo las recibía y el viento las arrebatava; hermosas flores; que ella con tanto esmero cuidó, hoy las arranca, las destroza y las desprecia.

De vez en cuando se sonrie, ora arranca una violeta y cuidadosa la pone en su falda, ora una rosa blanca, y en distintos tallos corta y de distintas flores forma un grupo; las mira con ternura, suspira triste y llora sobre ellas.

Ultimas gotas de rocío que aquellas flores recibieron, no del cielo, sino de una alma que gime y se destroza.

Presurosa corre al lago, se asoma á él, su pálido semblante se retrata en el cristal de sus tranquilas aguas. . . . perdon! . . . perdon, ex-

clama con todo el corazón; ¡adios, mis flores! adios, mi bien!

Viene la corriente en esos momentos, la calma del lago se inquieta, el agua se enturbia y no se vé mas en aquel espejo; todo es confuso, todo huye de su vista y se pierde y se desvanece

Confusa también su alma, suelta las flores que en su falda tenía, las flores que él la dió, las flores que ella tanto amó y cuidó la corriente en sus giros las envuelve, las arrastra y las lleva lejos, despues las pierde, las confunde en el lodo que arrastra, las destroza y las olvida!

Adios, flores del alma, adios perfumes que mezclé con mis lágrimas y oraciones, para subir al cielo: adios! perdóname, Dios mio! perdóname mi bien y llévame, Señor, como se llevan mi flores y mis amores, la muerte y la corriente!

Así dijo cayendo al suelo, anegada en lágrimas, y tanto agotó su llanto y su dolor, que sus ojos se secaron y su alma no tuvo mas que decir

¡Que triste es para mí un amor perdido, ver agotadas las lágrimas; que triste es sufrir mucho,

sin tener en el mundo á quien decirle sus dolores!

Pobre Leona, que ahogó para siempre su dolor al comprender que todo en la vida lo perdió; qué tristes días se le esperan, como va á sufrir!

Pero hay almas que son tan superiores, que ni el peso del dolor, ni la terrible idea del sufrimiento las acobarda.

Leona era una alma, llena de amor infinito, y ese amor en ella, creaba dulces esperanzas; el dolor y el sufrimiento los abrigaría contenta, siempre que el alma de ese hombre desgraciado, viviera en el cielo para ella.

XIV

Al otro día un cortejo fúnebre y silencioso acompañaban á la última morada de la vida al cadáver de un suicida.

Todos callaban y muchos de ellos lloraban; el muerto era una esperanza desvanecida, era una joya que cayó al lodo y en su fango se perdió.

Sobre el féretro se colocó una lira enlutada, y unos sobre otros amontonados, secos laureles al viento abandonados!

Léjos, allá! abierta una sepultura, dentro de ella la eternidad abierta y señalada por el crimen.

Llegan y cuidadosamente ponen la caja que guardaba el cadáver, á la orilla de esa puerta

que abierta por la misma mano hace temblar y horrorizar.

Un rumor, rumor confuso y triste como el producido por el viento cuando arrastra en su torbellino multitud de hojas secas, se hizo oír; todos callaron, el último adiós se suspendió.

Una mujer pálida y flaca, triste como la última agonía de un moribundo, agitada como la convulsión del que se ahoga, llega corriendo, entre la gente se desliza con ira, con afán, con desprecio.

Dónde . . . dónde estas, bien mío? gritaba frenética y apasionada; sus ojos brillantes y vagos se fijan en una caja que, la dice; aquí está! . . .

Un momento se detiene, vacila, reúne en su pecho todo el dolor posible y exhala un grito desgarrador que se repercute en cada pecho y se escucha después como un eco, en el susurro de la brisa y en el azote de hojas contra hojas de los árboles.

Es ella! Leona que va á la puerta de la eternidad buscando en su inmensidad, alivio y descanso para el alma del que la olvidó.

Cuánta abnegación en esa alma pura, cuánto amor en ese corazón amante, que ni piensa en el crimen del hombre, ni vé en su porvenir las manchas que caerán sobre su vida.

Mundo! compadece á Leona, la amante tierna y desgraciada; perdona el crimen, aunque nunca lo aceptes ni lo olvides!

.....

.....

Ansiosa y trémula, levanta la tapa de aquel cajón que guardaba la reliquia mas valiosa para su vida, á sus esfuerzos cede la tapa . . . ¿qué idioma habrá para pintar la agonía de ese corazón, para describir ese mundo de ternuras y de congojas, de suspiros y exclamaciones? . . .

Un paño blanco cubria el rostro del cadáver, lo levanta y á sus labios se acerca: ¡mi bien, mi vida, mi amor, decía imprimiendo sus besos en el rostro, te perdono y rogaré por tí.

Todos callan entretanto, á todos los ojos los cubren lágrimas y en todos los semblantes se comprende el dolor.

Después se inclinó ante el cadáver, se contentó con besar la frente fría de su amante y largo tiempo permaneció así, sin exhalar una queja, sin verter una lágrima; solo confundiendo sus besos con el vapor venenoso que los labios de él aun exhalaban.

Besos últimos, sacrificios postreros que por aquel que amó en la vida y lo seguirá amando

en la muerte, gustosa y enamorada hácia ante su cadáver.

Mucho tiempo así, ella teniendo la cara de él entre sus manos, conformándose con cubrirla de besos y de las caricias mas dulces de un amor puro, ahogó para siempre en su corazón, toda manifestación de dolor y allí refundió todo lo que sufrió, lo que sufría y lo que le restaba sufrir.

Adios! fué su última palabra! su última agonía; una lágrima!

Abandonó el cadáver, levantó al cielo la faz miró asombrada y palpitante á su alrededor, como si preguntara á cada quien, que causa los llevaba á ese lugar donde la verdadera vida empieza.

De improviso lanzó un grito fuerte, llevó sus manos al pecho y una horrible y prolongada carcajada brotó de sus labios, exclamando espantada: ¡huid sombras, huid..... no me quiteis la vida, dejadme, dejadme por Dios!

Loca, loca está, el cortejo murmuró!

Frenética, se lanza sobre ellos, desgarrándose la ropa y gritando con espanto; huid!.... el se fué.... adios, mi bien.... sombras, sombras crueles..... mis flores, mis ilusiones.....

huid.... mi amor.... adios!.... No las tronchis, dejadlas, por Dios..... y prorumpió despues en risa huyendo de ese lugar donde dejó su felicidad y su esperanza sepultadas juntas con el hombre que tanto amó.